

No sé qué es lo que el espectador desearía encontrar en el texto que escribe el artista, pero no esperen ustedes descubrir, en este caso, el sentido que pueda tener mi obra, no piensen que el texto va a arrojar luz alguna sobre las posibles interpretaciones que el trabajo pueda suscitar. Este texto sólo es una invitación a que se quiten ustedes los zapatos. Tan sólo quisiera que este texto acompañara al espectador hacia un tipo de conocimiento desinteresado que abrazara la obra únicamente por lo que ésta misma es.

Intentaré hacerlo de forma cauta y precisa porque sé que lo que las obras tienen de excepcional es lo que de más frágil e intraducible poseen: una dimensión íntima que fácilmente puede quedar silenciada tras los ecos de un discurso inapropiado. Voy a intentar referirme sólo a lo que tengo delante de mí. Voy a procurar no remover las aguas del fondo para evitar que el lodo nos impida observar la situación con la suficiente transparencia. No puedo hacer mucho más porque *“no sé lo que busco, lo nombro con prudencia, me desdigo, me repito, avanzo y retrocedo.”*¹ Si me quedo en la experiencia vivida con la obra y no me apoyo en argumentos tangenciales que me auxilien no puedo más que reconocer lo poco que sé.

Y no me crea desasosiego reconocer esa ignorancia. Todo lo contrario: la acepto porque sé que de esa humilde aceptación depende todo mi trabajo como artista. Y me sitúo en el mismo lugar que ese poeta que tampoco *“puede saber quién es; ni sabe siquiera lo que busca”*, que *“no sabe lo que dice y, sin embargo, tiene una conciencia, un género de conciencia.”*²

Reconozco un tipo de conciencia que, naciendo del roce con el entorno, se abre ante el objeto enfrente de sí cuando éste se percibe como un vacío, como un hueco en el que vivir que no es más que *“la simple apertura de la percepción a un espectro de cosa apenas calificado.”*³ Un hueco que, cuando llegamos a experimentarlo, reconocemos que *“nos mira, nos concierne y, en un sentido, nos constituye.”*⁴

Siento atracción por un nivel de realidad o intimidad que no se puede transmitir a través del lenguaje sin que se le arranque su parte más constitutiva; reconozco esa parte que no puedo argumentar sin alterarla tanto en el mundo como en mí; busco una dimensión particular de las cosas que no se corresponde con su nombre o carácter social y que aparece en el proceso de percepción cuando nosotros dejamos que aparezca, cuando permitimos que las cosas se aproximen y muevan contra nosotros. Porque siempre nace algo a partir de ese punto al que nuestro saber es capaz de llegar, siempre existe una realidad que comienza a manifestarse en el mismo límite en el que nuestro conocimiento se ha extinguido. Y, por eso, el poeta, que lo sabe, no se queda en *“la cosa conceptual del pensamiento, sino que aborda la cosa complejísima y real, la cosa fantasmagórica y soñada, la inventada, la que hubo y la que no habrá jamás.”*⁵

El reconocimiento de esta realidad insondable lleva consigo la aceptación de una pérdida a la que no alcanza el proceso de conocer, de que existe una insoluble distancia entre el hombre y el mundo, una insalvable lejanía entre el sujeto que la percibe y ese mundo que se escapa. Y algo ocurre en el ámbito de la intimidad cuando ese *resto* se experimenta; algo sucede en el seno de ese sujeto callado cuando siente la *falta* como parte de su propia naturaleza; algo tiembla en las bases del mismo ser cuando éste se da cuenta de que *“ver es sentir que algo se nos escapa ineluctablemente: dicho de otra manera, cuando ver es perder.”*⁶ Y, entonces, ya no hay alternativa; sabemos formar parte de esa *pérdida* porque nuestra experiencia con el mundo ha pasado a ser la consecuencia de una tensión entre el *ver* y el *perder*.

¿Qué hacer entonces desde el arte con esa realidad que nos desorienta?, ¿qué puede proponer el artista cuando sabe tanto de las restricciones del *ver* desde el *decir* como de las dificultades del *decir* desde el *ver*? En realidad, poca cosa; simplemente presentar la obra como vía de un *decir*, como juego que ni atrapa a la realidad ni la constituye, que tan sólo la compone para agregarse a ella en su mismo ocultamiento; es decir, sugerir, apuntar, aludir a una significancia subjetiva y vivida, siempre implicada y digerida, sabiendo que tal propuesta no es un espejo frente al mundo, sino simplemente una cosa más agregada a él.

Este tipo de contacto con la obra y con el mundo se reduce a un frágil vínculo que se desvanece en cada instante para volver a reaparecer si nuestra actitud sigue siendo receptiva. Todo depende de nuestro *ver* y de la posibilidad que al *ver* le concedamos. Ahora bien, no es posible que la experiencia del *ver* se convierta en un acontecimiento subjetivo si la obra no suscita la aparición de una anomalía, si su energía no conduce al

espectador a otro lugar en el que no le sea fácil reconocerse, si su presencia no motiva la aparición de una lejanía donde perderse y desorientarse para percibir la huella del *resto*.

Sólo ante esa situación de extrañeza y desorientación podrá tener lugar la experiencia personal que me interesa, "*puesto que nuestra desorientación de la mirada implica al mismo tiempo ser desgarrados del otro y de nosotros mismos, en nosotros mismos.*"⁷

La obra se abre para mostrarnos de su mano los indicios del *resto* y crearnos espacios donde vivir nuestra *pérdida*, para invitarnos a dar un salto desde lo que veíamos por conocido a lo que vemos que se nos escapa, para brindarnos territorios en los que "*reconocer nuestra figura sobre un fondo que nos rebasa.*"⁸ En definitiva, para ofrecer imágenes inabordables en las que lo perceptible desemboque en lo irremediable y descubrir un mundo donde mantenerse en lo abierto de lo existente.

Sólo cabe ahora instalarse en esa entrega y esperar; esperar pacientemente, sin expectativas, gastando tiempo, perdiendo tiempo. Porque la obra es una morada temporal que acoge en su seno el misterio, el enigma, el "*fantasma que logra asomarse un instante a la superficie antes de que se lo trague la corriente, sólo un instante, pues no es el propio del fantasma durar.*"⁹

Y entre tanto nos queda el vacío, el vacío como pregunta silenciosa, el vacío al que seguir entregándonos para olvidarnos de nosotros mismos. Porque sólo cuando nos olvidamos de nosotros mismos, sólo a partir de ese momento comienza nuestra propia experiencia. Porque sólo renunciando al posible sentido y aceptando que es imposible comprender lo que entre el sujeto y la obra acontece, podemos sumergirnos para emerger en nuestro propio *perder*.

¹ A. Camus, *El enigma*, en *El verano*, Alianza, 1996, p. 62.

² M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 43.

³ M. Merleau-Ponty, cfr. G. Didi-Huberman, *Lo que vemos, lo que nos mira*, Manantial, 2006, p. 108.

⁴ G. Didi-Huberman, *opus cit.*, p. 15.

⁵ M. Zambrano, *opus cit.*, p. 22.

⁶ G. Didi-Huberman, *opus cit.*, p. 17.

⁷ G. Didi-Huberman, *opus cit.*, p. 161.

⁸ X. Rubert de Ventós, *Crítica de la modernidad*, Anagrama, 1998, p. 173.

⁹ M. Zambrano, *Algunos lugares de la pintura*, Université d'Orléans, 2001, p. 66.